

Sobre la necesidad del parricidio

A propósito de Julio Argentino Roca y la construcción de la Nación Argentina

Eduardo Sartelli

Hace poco más de un siglo, el 12 de octubre de 1904, el general Roca entregó al doctor Manuel Quintana los atributos de la presidencia de la República. Había cumplido su segundo mandato, pero su influencia política desde 1880 había transformado el país. La Argentina era una potencia respetada. El general Mitre, ya anciano y verdadero patriarca de la argentinidad, fue a su casa ese mismo día para felicitarlo por su gestión: "Ha cumplido", le dijo parcamente, porque el juramento de su asunción, en 1898 lo había hecho ante el patricio.

Diez años después, el 19 de octubre de 1914, Roca moría en Buenos Aires. Los últimos años los dedicó a organizar su estancia La Larga, levantando casas para su personal, cultivando arboledas y caminos y mejorando su hacienda. Se cumple este año el centenario de su alejamiento del poder y noventa años de su fallecimiento. El país no lo ha recordado suficientemente.

Juan José Cresto
La Nación, 23/11/04

Roca y el juicio de la historia

El juicio de la posteridad no favoreció a Roca. Hoy día su figura es rara vez objeto de polémica, aunque no deja de ofrecer cuerpo para algún que otro best-seller, como el *Soy Roca*, de Félix Luna. En los años '60, sin embargo, su figura era soporte de acaloradas disputas, como la que opuso, por izquierda, a Milcíades Peña por un lado y a Jorge Abelardo Ramos, por otro. Quería el segundo ver en Roca a un cabal representante de la burguesía nacional, allí donde el primero sólo veía a un personero de estancieros entregados al imperialismo. En torno a esta se libraba una batalla de mayor envergadura: la existencia o no de una burguesía nacional capaz de enfrentar al imperialismo y desarrollar las fuerzas productivas. Y, consecuentemente, la viabilidad o no de una alianza democrática anti-imperialista de cara a una revolución democrática. Si esta no fuera posible, sólo cabría esperar a que el proletariado realizara, junto con la revolución socialista, las tareas incumplidas de la burguesía. Este debate se cruzaba, además, con otros de igual o mayor significación: ¿era el peronismo la carnadura de esa alianza anti-imperialista, paso necesario y anterior a cualquier transformación socialista? ¿O por el contrario, la alternativa había que buscarla más allá del peronismo? Una pregunta que solía acompañar a la primera opción interrogaba si el ejército era la cuna necesaria del personal político que la encabezaría. Para responderla se escribieron varias bibliotecas en busca de una tendencia "nacional" y/o democrática en su seno, incluyendo las biografías de Mosconi y Savio y la revalorización de figuras del siglo XIX, como Dorrego. Es imposible leer *Las masas y las lanzas* o *De Mitre a Roca* sin retener estos problemas en mente. Como era imposible leer a Puigross, Duhalde y Ortega Peña, Astesano, Carri, Paso, Jauretche, Frondizi, Hernández Arregui o Scalabrini Ortiz, sin tener en el horizonte, más acá o más allá, la filigrana de problemas que siempre rozaban la efigie del general del desierto.

Como dijimos, hoy la situación ha cambiado. En particular porque no hay nadie, o casi, que lo defienda. Irigoyen y Perón dejaron partidos encargados de perpetuar sus hazañas y disimular sus miserias. Rosas tuvo su cuarto de hora en el mismo peronismo que repatrió sus restos y lo convirtió en billete de veinte pesos. Aunque Roca es titular de la máxima denominación que se conoce en el actual ordenamiento monetario argentino, sus acciones están en baja desde hace mucho. Demasiado marcial para la derecha liberal, que ha preferido históricamente a Alberdi y Pellegrini, cuando no a Rivadavia,

sus manos están manchadas de sangre de indios en una cantidad insoportable para la izquierda moderada. Opacado por figuras de mayor porte militar, como el Santo de la Espada, Belgrano o incluso el inútil de Mitre, Roca tiene un sitio de honor menor, pero sitio al fin, en el seno del ejército. Fue la EUDEBA bajo control militar la que editó, en ocasión del Centenario de la conquista, toda una colección de textos sobre la Campaña al Desierto. Pero hoy en día resulta difícil encontrar alguna fracción social dispuesta a la reivindicación abierta y a gran escala del dueño de la Diagonal Sur. Sobran, sin embargo, los apologistas indirectos, es decir, aquellos que sin mencionarlo, reivindican el universo que supo gestar: Roberto Cortés Conde y Natalio Botana, por mencionar dos de los más conspicuos, enfatizan las virtudes de su economía y de su política. No alcanzan, sin embargo, a acallar al coro más popular que, sobre todo desde los '70, hace hincapié en la subordinación al imperialismo, el fomento del poder del latifundio, la corrupción política y el genocidio indígena. Coro reforzado últimamente por las comunidades aborígenes que hacen eje de su crítica sobre todo en el último aspecto, como es razonable.

Un pequeño debate (pequeño tal vez por ahora) ha estallado por estos días en las páginas de *La Nación* (véase 23 y 26 de noviembre de 2004). Sucede que Juan José Cresto, presidente de la Academia Nacional de la Historia, escribió un artículo cuestionando el que Roca haya producido un genocidio, lamentándose de que el país no le rindiera el tributo adecuado, como puede verse en la cita que encabeza este texto. A "Roca y el mito del genocidio" le siguió una respuesta atinada por parte del Director del Centro de Estudios Patagónicos de la Universidad del Comahue, Pedro Navarro Floria. Aunque volveremos sobre el final sobre el asunto "genocidio", la escasa pasión que ha despertado la polémica, insisto, tal vez por ahora, y el carácter recortado del planteo, limitado a uno de los aspectos de la figura de Roca (y no el más importante), muestra lo lejos que está nuestro personaje de las consideraciones públicas. Como veremos, no se debe tanto a sus características propias como a cierto estado de la sociedad argentina, en particular, de su clase dominante.

Un intelectual orgánico

En la iconografía escolar reina, se sabe, la mitología patria. Hogar del padre al fin, esa mitología se funda, no podía ser de otra manera, en la imagen de la patria como gran familia. Toda familia requiere, por lo menos en la usanza "occidental y cristiana", de un padre y una madre. En el caso argentino, los que ofician de progenitores son San Martín y España. Resulta intrigante cómo un "prócer" con nombre de santo puede copular con un país entero para hacerle parir una nueva (y gloriosa) nación, pero la mitología siempre es generosa con los héroes. No con todos, sin embargo. En la historia de los manuales hay dos ausencias notables, más importantes que las presencias canónicas mencionadas, los verdaderos progenitores de la "patria" (capitalista) argentina: Don Juan Manuel de Rosas e Inglaterra. En efecto, si hay un "padre", no es ese militar de carrera devenido en estadista fracasado, sino el mazorquero jefe, el más eficiente de los asesinos en una época de cuchillos de generoso porte y fácil filo. Si ha de haber madre, no es, precisamente, la tierra de los pícaros y los hidalgos enloquecidos, sino la de las rugientes máquinas del mejor acero. Sin una construcción estatal adecuada a sus necesidades y sin un mercado de escala mundial, el capitalismo argentino no hubiera avanzado jamás. San Martín cumplió un papel importante pero menor en ese proceso. Por su parte, España era en realidad el obstáculo a eliminar. La verdad es que la Argentina es hija del imperialismo inglés y quien aseguró la continuidad de las

relaciones que la constituyen, fue Rosas. Puede uno negar a sus padres, pero para negarlos hay que reconocerlos.

El heredero de esa construcción que Rosas deja por la mitad es Julio Argentino Roca. Hombre predestinado, si hacemos caso a las evocaciones que inspira su nombre: conquistador de territorios indómitos, como el César que llegó a dominar un imperio, anunciaba en su apellido una dureza fundacional y llevaba en su sangre el mismo metal con el que se fundió la patria. Roca es, antes que nada, un hombre de estado. Un político, es decir, un intelectual. Un texto justamente famoso, *Una nación para el desierto argentino*, de Tulio Halperín Donghi, relata las vicisitudes de los intelectuales “argentinos” a lo largo del siglo XIX. El desfile está organizado a la manera gramsciana: sobre una pasarela en forma de arco, en cuyo centro se encuentra el poder terrateniente, Halperín ubica a derecha e izquierda a un conjunto de personajes que tipifican, *modelan*, posibles ordenamientos sociales a los que él llama “proyectos” de nación. Digo “a la manera gramsciana” porque Halperín juzga sus posibilidades frente a la relación de fuerzas materiales que dichos proyectos enfrentan: su viabilidad de cara al poder de los terratenientes del litoral. Así, por izquierda, Echeverría, Frías, por derecha, ocupan los bordes exteriores del arco de posibilidades reales. Un orden socialista es tan absurdo, por su falta de bases materiales, como un orden católico. Dejando de lado los otros “proyectos” que Halperín examina, su cuadro de méritos y deméritos ubica en el centro a dos de los más notables intelectuales argentinos de todos los tiempos: Sarmiento y Alberdi. No hace falta mucho para saber que el primero se lleva todas las simpatías de don Tulio y revelan además su filiación política: Sarmiento es el burgués progresista, Alberdi el resignado defensor del nuevo statu quo oligárquico. También resulta claro quién está más cerca de la realidad: Sarmiento pretende una democracia a la americana, soportada por farmers, por pequeños propietarios que garanticen no sólo la circulación de la riqueza sino también de los bienes culturales y políticos. Inmigración más educación le darán a los futuros Chivilcoy una sangre resistente a la barbarie de abajo, pero todavía más, a la barbarie de arriba, esa oligarquía con olor a bosta. Alberdi recuerda que el poder del dinero es el poder y que lo que el dinero quiere es inmigración sin educación, porque no hay lugar para colonias de pequeños propietarios prósperos más allá de las zonas marginales de la pampa húmeda (donde, efectivamente, iban a establecerse luego, en el norte de Santa Fe, esa pampa gringa elegíacamente cantada por Ezequiel Gallo). Halperín se niega a concederle el triunfo a la previsión alberdiana, pero las conclusiones son inevitables: el autor de *El crimen de la guerra* ha sido más perspicaz por la misma razón que resulta, políticamente, más desagradable. Alberdi pone sobre la mesa la cruda realidad: contra el poder (económico) nadie talla.

Escrito hacia mediados del Proceso Militar, *Una nación ...* es una reflexión sobre el lugar de los intelectuales en el cambio histórico. Y su conclusión es transparente: ninguno. Todo proyecto es una vaga ilusión. Los intelectuales nunca triunfan, salvo que se asocien a quienes tienen en sus manos el poder real. Coincidente con un clima depresivo mundial post '68, post Vietnam, sus conclusiones se anticipan al postmodernismo que dominará los '80. El libro bien podría haberse llamado *Réquiem para la izquierda setentista* y Halperín podría ser considerado el primero de los contornistas fundidos. En ese plano, funcionó durante el alfonsinismo como un recordatorio de lo mal que puede irnos si nos tomamos en serio las palabras, fundamentando históricamente el resignado posibilismo radical. Todavía podía leerse, a mitad del menemismo, como un espejo del fracaso de esas devaluadas ilusiones radicales: si antes la izquierda moderada era Sarmiento y el Proceso Alberdi, Alfonsín ocupaba ahora el lugar del maestro eterno y Menem el del realista impúdico.

Una lectura tal de la historia sólo era explicable en quien nunca creyó demasiado en la acción política y dedicó su vida a pasarla de goliardo, según propia confesión. La base filosófica de esa posición tan cómoda puede encontrarse en la definición implícita de intelectual, muy poco gramsciana ahora, que organiza *Una nación...*: intelectual es el que piensa (y escribe libros). Así, quedan fuera de discusión los verdaderos intelectuales orgánicos de la clase dominante, que no eran precisamente ninguno de los reseñados hasta aquí. Queda afuera Avellaneda, por ejemplo. Mitre entra lateralmente. Peor: Roca, el verdadero héroe de la patria unificada, llega al final como un *deus ex machina*, brotado, diría Marx, como rayo en cielo sereno. Para captar la medida en la cual Roca es la Argentina y la Argentina es Roca, una historia que parece hoy olvidada (curiosamente cuando se afirma a rajatabla el orden “roquista” en un país en vías de desaparición), es necesario recuperar dos historias: la de los intelectuales y la de la burguesía.

¿Qué es un intelectual?

Cuando se piensa en un intelectual, casi todo el mundo tiene en mente a un señor (casi nunca a una señora) más bien flaco, un tanto flácido, barba y anteojos. Los anteojos, de Sartre a Mariano Grondona (ese alberdiano tan mediático), constituyen la quintaesencia del intelectual (¿habrá que recordar a ese presidente que intentó ser Sarmiento y Roca al mismo tiempo, conjugando dos almas contradictorias en un solo pecho, el Frondizi adorado por el contornismo y hoy recordado con cierta melancolía como “el último estadista”?). Nadie aceptaría que un militar de fusta en mano y mostachos tipo Onganía o, peor aún, un “gordo” de la CGT, cabría en tal definición. Y sin embargo caben con comodidad. Entonces, ¿qué es un intelectual?

En toda sociedad de clases, lo primero que se separa es la función de dirección de la de ejecución. En eso consiste, en ultimísima instancia, el poder: en dirigir el trabajo ajeno. El poder comienza como una función social, la función de dirección. De allí la supremacía que en todas las sociedades de clase se otorga a las cualidades intelectuales. De allí la supremacía del cerebro (o al corazón) frente a la mano. De allí el desprecio al trabajo manual. Ser intelectual es dirigir. Los intelectuales ejercen la función de dirección. Dirección técnica, dirección política, dirección moral. En un comienzo, todas ellas se encuentran reunidas en la misma persona: el jefe dirige los trabajos de cosecha, irrigación, etc., regula las relaciones entre los miembros y entre la comunidad y el exterior y establece las normas de lo bueno y lo malo, de lo justo y lo injusto, de las jerarquías necesarias que bajan del cielo mismo como tabúes, mitos y dioses. El propio desarrollo social obliga al desdoblamiento de funciones y la incorporación de nuevas capas sociales al cumplimiento de las mismas.

Dijimos que existen diversas formas de dirección. Dirección técnica: toda clase requiere especialistas en sus diferentes funciones, desde las militares a las industriales. Es la primera dirección que se desglosa y da lugar a las figuras del guerrero, el ingeniero y el escriba. La segunda es la dirección política: un cuerpo especializado que ejerce la dirección de las relaciones que vertebran el poder a lo largo de toda la sociedad, pero en particular entre la clase dominante y la dominada: el político, el tribuno, el sindicalista. Entran aquí desde el presidente de los Estados Unidos hasta la manzanera duhaldista, desde el santo rey de Francia hasta Hugo Moyano. El último desdoblamiento construye aquellas figuras más cercanas al sentido común sobre el intelectual y que corresponden a la dirección moral: el cura, el periodista, el filósofo. Si la primera es una dirección de personas a través de cosas, si la segunda es la dirección de personas a través de personas, la tercera es la dirección de personas a través de ideas. Se cierra allí el ciclo de relaciones entre fuerzas productivas, relaciones de producción y superestructuras,

demostrando que la función intelectual se reparte a lo largo de todo el edificio social y no sólo en las alturas.

Así como se distribuyen las funciones de dirección, los intelectuales se ordenan en jerarquías, desde aquellos que parecen más descolgados del mundo material (filósofos, jerarquías religiosas) hasta los que habitan los lugares más prosaicos (maestros, punteros de barrio, gerentes de local de McDonald's). Lo que caracteriza a los más encumbrados, a los que Gramsci llama "orgánicos", es su capacidad para "pensar" (dirigir) los problemas más generales de una clase. Son "la reserva moral", como Ernesto Sabato. O los que "realmente saben", como Cavallo. O los que "tienen la manija verdadera", como Duhalde. Cuando todas esas cualidades se juntan en un solo individuo, estamos frente a un portento histórico, un verdadero "padre de la patria". Cualidades que en la Argentina pocos pudieron ejercer indiscutidamente: Rosas, Irigoyen, Perón, Roca. De los cuatro, el único que murió disfrutando de una vida de triunfos, es el menos reconocido: Roca. Un somero repaso a su biografía nos dará una idea de la magnitud del fulano en cuestión y nos introducirá, además, en la historia de la clase a la que Roca consolidó en el poder.

Rosas, recargado

La larga carrera política de Roca lo califica particularmente bien para desempeñar un papel histórico notable. De todos los papeles posibles, Roca desempeñó primero el de dirección técnica en el ámbito militar: un profesional de la masacre, es decir, del control represivo de los cuerpos. Participó de la construcción del estado nacional desde el comienzo, en particular en la guerra del Paraguay, la represión de los alzamientos de López Jordán (1871) y Arredondo (1874) y, culminación de una vida militar exitosa, la Campaña del Desierto. Nadie se ha explayado demasiado sobre sus dotes como conductor de maquinarias bélicas, pero se sabe que la hazaña que le dio fama y dividendos inapreciables al propio Roca, a parientes y amigos (los "Atalivas", Sarmiento dixit) fue apenas un "paseo en carruaje" (otra vez, Sarmiento dixit) amenizado con música de óperas famosas.

No importa cuál haya sido su valor como militar, indudablemente tenía dotes de gran político. Roca no sólo llegó al poder, sino que lo mantuvo en sus manos casi hasta su muerte, logrando enhebrar una extensa trama que controlaba la vida política nacional. Supo darle a la clase dominante una representación estable, acabar con las crisis políticas y ordenar las disputas dentro de la élite del poder. El roquismo pudo, incluso, sobrevivirse a sí mismo después de la revolución del '90, que lejos de menguar su mando se lo devolvió de las manos del díscolo Juárez Celman. Roca fue la expresión del triunfo de un estado centralizado, sostenido en una alianza que tomó la forma de Partido Autonomista Nacional y que reunió en su seno a un nuevo poder económico que no se limitaba a la provincia de Buenos Aires. En efecto, Roca es el "representante" político de esa burguesía otrora litoral que se transformó en nacional extendiendo sus negocios al interior y trazando allí alianzas con las oligarquías locales que, por esa vía, se integraban al proceso de acumulación capitalista. No es casualidad que casi ningún porteño llegara a la presidencia y que casi todo el personal político superior proviniera de Tucumán y Salta. Tampoco es casualidad que un hombre del "interior" se constituyera en el defensor de la relación privilegiada con Inglaterra y de los intereses del imperialismo: la definitiva organización de la Argentina era un negocio nada despreciable para las tres patas de la misma mesa.

Su valor como constructor de sentido tampoco debe ser despreciado. En su lema de gobierno Roca sintetizó esa alianza entre la burguesía del litoral, su socia del interior y

el imperialismo: Paz y Administración. Como el Orden y Progreso brasileño, fue el emblema de un positivismo vernáculo que hizo las veces de ideología oficial. Esa ideología enfatizaba el derecho de la civilización frente a la barbarie, como lo consignaba el propio Roca en el discurso con el cual dio comienzo a las operaciones de la Conquista, dirigiéndose a sus soldados:

“Cuando la ola humana invada estos desolados campos que ayer eran el escenario de correrías destructoras y sanguinarias, para convertirlos en emporios de riqueza y en pueblos florecientes en que millones de hombres puedan vivir ricos y felices, recién entonces se estimará en su verdadero valor el mérito de vuestros esfuerzos.”

La masacre en ciernes era, entonces, identificada con un futuro de felicidad eterna. Para eso era necesario avanzar, “extinguendo estos nidos de piratas terrestres y tomando posesión real de la vasta región que los abriga”. No se trataba, sin embargo, de una conducta fratricida y depredadora:

“En esta campaña no se arma vuestro brazo para herir compatriotas y hermanos extraviados por las pasiones políticas o para esclavizar y arruinar pueblos o conquistar territorios de las naciones vecinas. Se arma para algo más grande y noble; para combatir por la seguridad y engrandecimiento de la Patria, por la vida y fortuna de millares de argentinos y aun por la redención de esos mismos salvajes que, por tantos años librados a sus propios instintos, han pesado como un flagelo en la riqueza y bienestar de la República.”

Dicho así, hasta los indios debían estar agradecidos. Roca rescata en este momento clave, que no es más que una gran operación publicitaria destinada a capturar las voluntades de la oligarquía porteña, su rol de dirección técnica:

“Formado en el ejército y salido de sus filas, conozco sus virtudes, su fuerza en las fatigas y su valor en los campos de batalla. Me veo con placer entre vosotros y consideraré siempre como el timbre más glorioso de mi vida haber sido vuestro general en jefe en esta gran cruzada inspirada por el más puro patriotismo, contra la barbarie.”

Se presenta, entonces, como el último de los grandes arquitectos de la Patria, el sepulturero de la barbarie, el último prócer. A partir de la paz (definida a la manera bíblica, como el resultado de la guerra) sólo queda la administración de un orbe que ha de moverse solo hacia el progreso. Roca cierra, por lo tanto, el ciclo fundacional que comenzara con las invasiones inglesas, nada curiosamente en momentos en que el capital inglés, que ha apoyado su candidatura y desea fervientemente la institucionalización definitiva de un “hombre fuerte”, se dispone a desplegarse como nunca en estas tierras, ferrocarriles y frigoríficos mediante. El resultado será notable: Roca no sólo clausura una vida política que hasta allí tenía una dinámica relativamente importante, sino que abre una década de crecimiento espectacular que no se detendrá por mucho tiempo por la crisis del '90. Todo lo contrario, proseguirá a mediados de esa década para frenarse recién hacia 1930 (no sin sobresaltos en 1899 y durante la Primera Guerra Mundial). Un país acostumbrado a las convulsiones políticas de repente hizo caso a la máxima roquista nunca formulada pero implícita en su acción: Callad y enriquecéos. La burguesía recordaría de allí en más ese ciclo como la era del Progreso argentino. Ese país cuya configuración definitiva se asentó en los dos decenios en que el Zorro lo dominó sin mayores problemas, es el que se está descomponiendo hoy.

Una clase perdida

En efecto, la historia de Roca es, en última instancia, la historia de la clase a la que perteneció. De hecho, su historia cubre el final de la primera mitad de su trecho ascendente. La burguesía argentina nace a fines del siglo XVIII, con el desarrollo de las vaquerías y el saladero, llega al poder en el litoral con Rosas y Urquiza para fusionarse luego con contingentes del interior, en especial con la oligarquía tucumano salteña, y formar una nueva clase dominante nacional. No es nueva porque haya cambiado de contenido relacional, sino por su dimensión efectivamente nacional. En este estadio de su desarrollo la encuentra y la consolida su representante por excelencia, Roca. Aunque mucho se ha debatido sobre las características de esta clase dominante, su definición es bastante sencilla: burguesía terrateniente. En sus orígenes, a mediados del siglo XVIII, su fuente de ingresos era más la ganancia que la renta, en tanto la vaquería era un simple permiso de caza. El desarrollo de la estancia lanar viene a darle un componente más “terratiente” a esa burguesía que ya está en el poder en el litoral. El desarrollo de la acumulación de capital en el agro pampeano no hace más que proyectar esta cualidad, a la que ha acompañado siempre otra fuente de ingresos, la proveniente de las actividades mercantiles y, luego, financieras. Esta segunda fuente ha dado pie a que algunos especularan con el carácter centralmente mercantil de la burguesía argentina, o al menos cuestionaran su orientación agraria. Ya hemos criticado las tesis de Jorge Sabato en otro lugar (véase *Ciclos*, n° 10). Sólo diremos aquí que la naturaleza de la clase dominante debe establecerse a partir de la actividad predominante y no a partir de actividades secundarias. La burguesía argentina de fines del siglo XIX es predominantemente agraria y terrateniente y eso la define de modo cabal. Obviamente, tal definición se opone también a la que sostiene el carácter parasitario, no productivo, de la clase dominante, al estilo de Aldo Ferrer.

Esa clase se desarrolla más allá del agro ya a comienzos del siglo XX, ocupando segmentos industriales, para ofrecer una nueva configuración hacia 1950, fecha en torno a la cual podemos ubicar el inicio del declive del proceso de acumulación de capital en la Argentina. Si observamos la historia nacional, hasta esa fecha el país no cesa de crecer: tiende a incorporar población (en cantidad y calidad: inmigración más salud pública), a mejorar las condiciones de existencia de la fuerza de trabajo, la educación y la ciencia en general, etc., etc.. Desde allí en adelante, el crecimiento en extensión cede paso a un crecimiento en profundidad, con la consecuente tendencia a la expulsión de población, una expulsión física, social e ideológica. En la Argentina se hace cada vez más difícil vivir, desde los años '50 para acá. No es la consecuencia necesaria del crecimiento en profundidad, sino de su insuficiencia relativa.

Crecimiento en profundidad significa desarrollo de la capacidad productiva del trabajo. En la medida en que las actividades económicas se desarrollan, atraviesan diferentes formas de subordinación del trabajo al capital. Al comienzo, se trata simplemente de hacer colaborar a representantes de trabajos aislados: la cooperación simple, un trabajo de tipo artesanal poco desarrollado. Luego se trata de que esa colaboración se despliegue y modernice: la manufactura, en sus formas tradicional y moderna. Hasta aquí el trabajo manual, en su forma inmediata individual o como obrero colectivo, es la base del proceso productivo. Dicho de otra manera, todo aumento de la producción requiere, de manera más o menos proporcional, del aumento de la masa de obreros. Un capitalismo que se desarrolla predominantemente todavía bajo estas formas, tiende a incorporar población al proceso productivo inmediato, de donde resulta también una inclusión de tipo social (mejora de las condiciones de existencia), política

(reconocimiento de los sindicatos y participación en el proceso de democratización) e ideológica (incorporación subordinada de la clase obrera al imaginario social).

El desarrollo del crecimiento en profundidad implica la tendencia al predominio de una nueva forma de cooperación, la gran industria. En la gran industria el elemento subjetivo, el obrero, cesa de ser la base técnica del proceso productivo. Su lugar lo ocupa ahora el “gran autómeta”, el sistema de máquinas. En este momento, la ampliación de la producción no requiere de la expansión del número de obreros, a los que tiende a expulsárselos real o virtualmente. Esta última diferencia no es menor: se expulsa realmente masas crecientes de obreros cuando el número de obreros ocupados decrece en forma absoluta. La rama de la producción (y a la postre, el país en cuestión) comienzan a desarrollar una desocupación creciente. Este no es, sin embargo, un resultado necesario. Si la rama del país en cuestión desplaza del mercado a competidores de otros países, el resultado puede ser o una disminución relativa del número de obreros empleados, permaneciendo la masa absoluta constante, o incluso un aumento absoluto del número de obreros empleados. La desocupación se producirá en el país víctima de la competencia. Si el crecimiento es generalizado en la economía mundial, ni siquiera este último fenómeno tiene que producirse, porque habrá lugar para todos. Así, una masa mayor de productos será realizado con un número menor de obreros, pero no se habrá desocupado a nadie. No se habrán ocupado todos los obreros que hubieran sido empleados con la productividad anterior, de modo que la masa del empleo creado será proporcionalmente menor. Habrá un desempleo “virtual”.

El problema de la Argentina no consiste, entonces, en el pasaje del crecimiento en extensión al crecimiento en productividad, sino en las condiciones en las que se realiza: sin potencia suficiente para conquistar nuevas porciones del mercado mundial, primero; en medio de una crisis mundial, después. La pregunta es: ¿por qué la Argentina se encontró en esa condición? ¿Por qué no pudo repetir, como esperaban Roca y la “generación del ‘80”, la experiencia de Estados Unidos, teniendo aparentemente todo para lograrlo?

La Argentina es un capitalismo chico, que arranca tarde y se asienta en una rama de la producción que, con el tiempo, pierde peso en el mercado mundial. Es chico: en el cenit de su expansión roquista tenía el tamaño de la economía de Dinamarca. Un capitalismo chico está siempre en desventaja frente a sus hermanos mayores. Es tardío: cuando los gérmenes de capitalismo agrario se están asentando en la pampa, Inglaterra ya vive su revolución industrial. Cuando la industria comienza a tomar vuelo en la Argentina, Alemania, Francia, EE.UU. y hasta Japón e Italia son ya potencias industriales. Un capitalismo que arranca tarde encuentra mayores dificultades en la competencia. Argentina era (y es) un productor muy eficiente de productos agrarios, pero aunque ocupara un lugar importante en ese mercado, no puede sino perder peso en el conjunto del mercado mundial a medida que los productos agrarios disminuyen relativamente su importancia mientras se multiplica la productividad del trabajo. Un capitalismo que pierde peso relativo en el mercado mundial no hace más que reducir sus capacidades competitivas. ¿Hay posibilidades de superar estas condiciones? Sí, aunque son pocas. Téngase en cuenta que los mismos países que estaban a la cabeza de la acumulación capitalista a fines del siglo XIX continúan allí a comienzos del siglo XXI.

Esa es la razón por la cual la Argentina logró un desarrollo notable hasta mitad del siglo XX y desde allí en adelante no ha hecho más que retroceder, con el consecuente empeoramiento de las condiciones vitales de la masa de su población. Fenómeno que se agrava con el tiempo. Las consecuencias políticas son visibles: la descomposición de esa clase dominante que supo dirigir Julio Argentino Roca da paso a la tendencia a la descomposición del estado y con él del conjunto social. No hay que achacar este

proceso a la “decadencia de las élites”, de las “clases dirigentes”, o a la incapacidad “congénita” de la burguesía nativa. En este sentido, todas las diatribas propias de un Milcíades Peña resultan candorosamente desubicadas. La burguesía argentina hizo lo que pudo. Pedirle otra cosa es exigirle una racionalidad impropia de su condición y circunstancia. Suponerla en condiciones de combate de mayor envergadura, a la Ramos, es otorgarle una potencia que nunca tuvo.

Genocidio y paternidad

Comenzamos este artículo con una declaración audaz de parte de Juan José Cresto, un historiador más bien desconocido para el gran público (y para el pequeño también): Roca no es un genocida. Digo audaz porque hoy resulta difícil afirmar algo a simple vista tan evidente. Sobre todo después del Proceso militar, la palabra genocidio ha entrado en el lenguaje cotidiano de los argentinos y ha venido a significar algo más o menos espantoso. El concepto de genocidio, sin embargo, tiene una historia más larga. Fue definido, formalmente, por las Naciones Unidas a santo del Holocausto: la destrucción total o parcial de un pueblo por razones de raza o religión. Como hemos discutido en otro lado (véase *Razón y Revolución* n° 13), Videla no es un genocida. Puede ser un asesino, pero no un genocida: Videla destruyó una fuerza social, no un pueblo. Lo importante no es el motivo (que es siempre económico, en el sentido marxista de economía: relaciones sociales) sino el objeto que se destruye. Así, el Holocausto es un genocidio, como lo es el armenio. ¿Fue un genocidio la Conquista del Desierto? ¿Fue Roca un genocida?

Son dos preguntas distintas. Por empezar, hay que descentralizar la discusión en torno a la Conquista. La festiva jornada roquista fue el punto final de un largo proceso que comienza con la Colonia. Y hay que decirlo: Roca no necesariamente se lleva la peor parte en este asunto. No porque fuera más bondadoso que el resto, sino porque los otros ya habían hecho el grueso del trabajo. Hay mucho de hipocresía y de farsa en la “gesta” de las Quince mil leguas. Lo que sí es claro es que el proceso en su conjunto puede denominarse como genocida. No es extraño, porque es el trato normal que el capitalismo suele darle a las poblaciones con las que compite por territorio y a las que no puede o no quiere dar ocupación. La suerte de los mapuches, tehuelches, pehuenches y araucanos no fue diferente de la de los “salvajes bashkirios”, de la de los maoríes neozelandeses, de la de los apaches, sioux y cherokees. Todos ellos fueron víctimas de la expansión agraria del capitalismo. En todos los casos se trataba de población que ocupaba territorios extensos y, en términos capitalistas, desaprovechados. El capitalismo es un tipo de sociedad hartamente más productiva que la de los cazadores recolectores. Su utilización del espacio es más intensa, explota con más eficiencia recursos que otras sociedades “desperdician”, no toman en cuenta o cuya existencia misma ignoran. Hay una competencia, entonces, por la tierra. Las sociedades cazadoras recolectoras son demasiado débiles y ocupan un territorio demasiado amplio. Se trata de candidatos obvios al genocidio. ¿Es que no se los puede asimilar? Sí, siempre hay alguna forma de asimilación. Cuando lo que se busca no es sólo la tierra sino también la población, para actividades mano de obra intensivas, como una agricultura poco desarrollada, el indígena termina identificado con el campesino semiproletario. Es el caso de la conquista del Chaco. No es el caso de la pampa, donde con un puñado de personas se controlan miles de cabezas de ganado. Aquí la asimilación significa muerte y proletarianización.

El capitalismo siempre “asimila” población. Durante décadas los aborígenes participaron de la sociedad “blanca”, en términos económicos y políticos. La presencia

del capitalismo provoca transformaciones en las sociedades con las que choca, aún cuando no las ataque. Genera tensiones en sus estructuras sociales producto de las nuevas “oportunidades” que se abren a los jefes y caciques. Una cierta polarización social y condiciones para la aparición de gérmenes estatales, es decir de relaciones de explotación, son las más comunes. En el caso pampeano, caciques como Yanquetruz o Catriel llegaron a participar de la vida política del Río de la Plata, bajo Rosas, Mitre y Avellaneda. Adaptados a una economía que dependía de relaciones mercantiles, los aborígenes pampeanos necesitaban al mismo tiempo que temían al capitalismo en expansión. Era sólo cuestión de tiempo. La economía del lanar fue la base de la consolidación de la economía capitalista y, simultáneamente, la causa inmediata del hambre de tierras que impulsó la etapa final del genocidio. ¿Desaparecieron todos los indios? No, sólo han dejado de serlos. Destruída la comunidad cazadora recolectora (aunque los indígenas pampeanos no eran sólo cazadores recolectores), los aborígenes sufren, tarde o temprano, un proceso de proletarización. Buena parte de la retórica indigenista actual tiende a esconder relaciones de clase en las que la fracción burguesa de la “comunidad” se aprovecha de una identidad cultural, más inventada que real, para obtener beneficios del estado burgués.

¿Fue Roca un genocida? Sí y no. No, si lo tomamos como individuo: detrás de él hay una estructura social. El genocida es el capitalismo mismo. La idea de que una convención internacional va a limitar una práctica que brota de la esencia destructiva de este tipo de sociedad, es un absurdo. Sí, si lo tomamos como el representante más egregio de la sociedad que requiere de este tipo de prácticas. No es necesario recordar aquí cómo Roca se jactaba precisamente de eso. Basten las citas colocadas más arriba.

¿Fue progresiva la Conquista del Desierto? Sí y no. Sí a la manera capitalista del progreso: la destrucción innecesaria, caótica y cruel, de todo lo que estorba a la ganancia. Roca construyó un país. Un país capitalista. Sería ridículo pretender que lo hiciera de otra manera. El capitalismo es esto. Las fuerzas productivas avanzaron sobre la sangre y la muerte. Que es lo que hacen siempre, bajo este tipo de sociedad: Primera y Segunda Guerra Mundial, Hiroshima, Bosnia, Iraq, lo mismo da. Así funciona. No, si hemos de juzgarlo desde un punto de vista ético abstracto. Desde el punto de vista de una ética no guiada por la ganancia. Pero eso sería un anacronismo: sólo una sociedad de productores libres asociados podría tener tal generosidad. ¿Esto libera a Videla y a Roca de culpa y cargo? No. Las extiende al tipo de sociedad del que orgullosamente son parte dirigente.

Que el capitalismo contiene aún en el campo de la ética un toque progresivo, se observa fácilmente en la necesidad permanente de ocultar sus crímenes. Como se supone que todos los seres humanos somos iguales, hay que deshumanizar al enemigo o al menos disminuir su categoría humana: el salvaje, el niño al que hay que educar aunque más no sea con una pedagogía aterrorizante. Y tiene también que contar mentirosamente la historia: ¿cómo se puede “conquistar” un desierto? En el mejor de los casos se lo “ocupa”. El “desierto” estaba lleno y Roca lo vació. Mejor dicho: lo vació de aborígenes y lo llenó de ovejas. Una mentira tan grande como la Conquista del Oeste: ¿cómo se puede conquistar un punto cardinal? El Oeste era tal para el capitalismo yanqui que progresaba desde el Este. Para los indígenas norteamericanos, era el centro del mundo. Se trata de la misma forma de decir lo mismo: aquí nadie mató a nadie. El progreso capitalista (nunca hay que olvidar que no es la única forma de progreso humano) se presenta a sí mismo como exento de contradicciones. Todo lo contrario: es la mayor máquina de matar que se haya inventado jamás, algo que a comienzos del siglo XXI, con la Guerra de Iraq en la televisión, parece fácil de comprender.

Aquí yacen, creo, las razones de la presencia y de la ausencia actual de Roca. Su presencia es cotidiana, en todas y cada una de las estructuras de un país que sigue siendo sustancialmente el que él contribuyó a diseñar. Su ausencia es el resultado necesario de la descomposición de esa clase que supo encabezar. La Argentina es un país en descomposición, lo que significa que las relaciones sociales que la constituyen están en cuestión. No es, necesariamente, algo para lamentar. Es, más bien, una oportunidad para construir otras relaciones, otra sociedad. Es hora, entonces, del parricidio.